

Kamau y yo fuimos declarados inocentes en el juicio por atraco a un banco celebrado en el distrito sur de Nueva York el 28 de enero de 1973 y al día siguiente me llevaron de vuelta a Nueva Jersey. Cuando llegué a la cárcel de morristown, había por allí un grupo de reporteros y fotógrafos. Morristown parecía la típica ciudad pequeña de Estados Unidos. La cárcel era un feo edificio anexo al juzgado. Había algunas otras mujeres en la cárcel y a mí me mantuvieron alejada de ellas. Las únicas veces que las veía era cuando me sacaban de la celda o me volvían a meter. Daba la sensación de que eran todas blancas, aunque luego me enteré de que había una Negra. Las guardias eran todas mujeres, más viejas que la tos, y llevaban allí trabajando una eternidad.

En la celda había una radio y una televisión, y hacía tanto tiempo que no había podido ver las noticias en la tele o escuchar una radio sin ruidos que me volví loca. Y me había vuelto una apasionada del ganchillo. Mi pobre madre fue la destinataria de mis primeras «creaciones». Como era una persona valiente y dedicada, le pareció que eran obras maestras.

Nos enteramos de que en el grupo de selección de jurados para el nuevo juicio había muy pocos candidatos Negros, si es que había alguno. Esta noticia era deprimente. El grupo de selección se sacaba del censo electoral y, como los candidatos que se presentaban raramente representaban los intereses de los Negros y de los pobres, los Negros y los pobres no votaban. Pero si no votas, quiere decir que no tomas parte en los jurados. La posibilidad de que tuviésemos un juicio que se pareciera remotamente a un acto de justicia era muy escasa. Decidimos intentar que el proceso se trasladara a la corte federal. La posibilidad de que eso sucediera era

pequeña, pero valía la pena intentarlo. Si el juicio se celebraba en la corte federal en Newark, al menos tendríamos asegurada la presencia de unos cuantos Negros más en el panel de selección de jurados.

Hubo incontables reuniones legales conjuntas, incontables sesiones de estrategia e interminables apariciones en la corte. La primera vez que vi al grupo de selección para el jurado de Morris County me deprimí muchísimo. Había sólo dos o tres Negros en cada panel y parecían extras de un culebrón. De hecho, todo el panel parecía que se hubiera escapado de una serie televisiva. Se vestían de manera distinta y tenían un aire completamente diferente al de la gente de Nueva York. Se suponía que Morristown era uno de los condados más ricos del país y, viendo a aquella gente, me lo creía. Me podía imaginar lo que sería intentar explicarles lo que es la vida para la gente Negra pobre en las grandes ciudades. ¿Cómo podían comprender que alguien se convirtiera en un revolucionario Negro? Ellos tenían tan poco contra lo que rebelarse. Se habían tragado toda la bola del sueño amerikano de principio a fin y no parecían darse cuenta de que, para la mayor parte de los Negros y la gente del Tercer Mundo, el sueño amerikano es más bien la pesadilla amerikana.

Evelyn y yo habíamos resuelto nuestras diferencias y ella había vuelto a trabajar en el caso. Ray Brown, Charles McKinney, el abogado de Sundiata, y ella trabajaron duro en la moción para llevar el juicio a la corte federal. Pero después de una vista, el juez federal lo volvió a mandar a la corte estatal. Ni siquiera había escuchado nuestros argumentos. Así que estábamos de vuelta donde empezamos: seleccionando a los miembros del jurado en Morris County.

La selección del jurado siguió de forma monótona. Sundiata y yo conseguíamos no caer dormidos y no tener ataques de nervios riendo y charlando. Sólo ver a Sundiata a diario me proporcionaba un gran consuelo. Hacíamos todo tipo de bromas y pequeños juegos, especialmente tratar de adivinar las respuestas que iban a dar los jurados a las preguntas del juez. Llegamos a ser muy buenos en eso. Podíamos mirar a una persona y más o menos deducir lo que iba a decir. Algunos nos lanzaban fulminantes miradas de

odio mientras esperaban a que les llamasen, como si no estuvieran impacientes por expresar su opinión de que éramos culpables. Estaban tan seguros de lo que había sucedido. Repetían detalle tras detalle lo que habían dicho los periódicos y la televisión.

Yo deseaba gritarles: «¿Dónde te escondiste aquella noche en el peaje? ¡No te vil!».

Otros nos lanzaban sonrisas torcidas para que pensáramos que simpatizaban con nosotros y así les dejáramos quedarse en el jurado. Pero no había ninguna persona racista en la sala. Ninguno de ellos admitió tener prejuicios contra los Negros.

—¿Tiene usted amigos Negros? —preguntaba el juez.

—Por supuesto.

Pero cuando les preguntaba si alguna vez habían invitado a una persona Negra a su casa o habían estado en casa de una persona Negra, la respuesta era, invariablemente, no. En uno de los grupos, el juez preguntó a todos si alguna vez habían usado el término «negrata» para llamar a una persona Negra. Todos dijeron que no, excepto una mujer que dijo:

—Bueno, cuando era niña, solíamos decir: «Arre, mata, piti, tapa, agarra a un negrata por la pata».

Después de eso, todos los demás decían lo mismo. A veces sus respuestas eran tan falsas que daban risa. Sólo que las víctimas de la broma éramos nosotros.

Un día, un hombre que estaba siendo interrogado le dijo al juez que había leído sobre el caso en los periódicos y que lo había oído en la radio y en la tele. Trató de hacerlo aparecer como que se había encontrado la historia de forma accidental en las noticias, pero que no seguía el caso ni le prestaba mucha atención. Es más, negaba que toda aquella cobertura mediática le hubiera afectado.

—¿Ha leído usted un libro llamado *Target Blue*?

Uno o dos días antes, el equipo de la defensa había pedido que se incluyera esa pregunta en el interrogatorio de posibles jurados. Robert Daley, que había sido relaciones públicas y jefe de prensa del Departamento de Policía de Nueva York, había escrito el libro *Target Blue*. Por «casualidad» la revista *New York* había publicado un fragmento de ese libro casi el mismo día en que comenzaba el juicio. Uno o dos capítulos eran sobre el Ejército de Liberación

Negro. El libro era una mezcla de sensacionalismo, acusaciones infundadas y mentiras descaradas. Los escasos hechos mencionados en esos dos capítulos estaban distorsionados hasta hacerlos irreconocibles. A mí se me mencionaba por el nombre. Daley defendía que yo había sido responsable de la muerte de numerosos policías. Me llamaba el «alma» del Ejército de Negro Liberación, la «gallina clueca» que les «hacía seguir activos y en la lucha». Según el libro, también había robado numerosos bancos y había volado un coche de policía con una granada de mano durante una persecución policial.

—¿Ha leído usted *Target Blue*? —preguntó el juez.

—Puesss, er, sí.

Al momento, el equipo legal de la defensa presentó peticiones al juez para formular preguntas adicionales.

—¿Cuándo ha leído ese libro?

—De hecho, lo estoy leyendo en este momento.

No sólo lo estaba leyendo, sino que lo tenía en el piso de arriba, en la sala del jurado. Aunque los abogados defensores pidieron una investigación, el juez se negó. Era obvio que el hombre había llevado el libro a la corte de justicia para enseñárselo a los otros jurados y que habían hablado de él. Después de muchos argumentos por parte de los abogados, el juez accedió a descartar a aquel jurado y a otros con los que había hablado a menudo.

Un día me dijeron que el partido nazi se estaba manifestando fuera del juzgado, desfilando arriba y abajo, con esvásticas, uniformes marrones y cascos. Llevaban pancartas que decían «Poder blanco», «Salvad a nuestra policía» y «Pena de muerte». Otros letreros contenían mensajes racistas. Se difundió el rumor de que habían quemado una cruz ante la casa de uno de nuestros simpatizantes. Al final del día, los nazis casi se metieron en una pelea con algunos de los pocos residentes Negros de Morristown.

Mucha gente no lo sabe, pero en Nueva Jersey hay más nazis y miembros del Ku Klux Klan de lo que parece. Algunos de mis amigos lo llaman «up South» («el sur de arriba»). Lou Myers, que luego actuó como uno de mis abogados en ese caso, es de Mississippi. Un día, me dijo, totalmente en serio, que prefería que un caso se juzgara en su estado a que se juzgara en Nueva Jersey.

Yo no podía comprenderlo. Cada día me sentía más débil. Parecía que la energía se me había ido por el desagüe. Todo lo que quería hacer era dormir. Me reprendía a mí misma por intentar escapar de la realidad en lugar de enfrentarme a ella. Había visto a mujeres en la cárcel que se pasaban el tiempo durmiendo. Me daba miedo que eso me sucediera a mí. Me disgustaba con facilidad y reaccionaba ante todo de forma exagerada. Estaba fatal de los nervios. Cualquier cosita me afectaba. Todo lo que hacía, a lo largo del día, cuando no había juicio, era dormir, comer, ver la tele y oír la radio. Comía como si la comida fuera a pasar de moda. Esto también me convenció de que mis nervios no estaban bien. He visto a gente en la cárcel engordar diez, quince, veinte, veinticinco kilos sólo por ansiedad y aburrimiento. Llega un momento en que lo único que tienes para ilusionarte son las comidas. Y eso por sí mismo es lastimoso, porque cualquiera que haya estado en la cárcel sabe lo mala que es la comida. Y sin embargo yo la engullía como si fuera la comida casera de Mamá.

No fue hasta que un día me senté para hacer mis ejercicios cuando de verdad me di cuenta de lo que me podía ocurrir. Apenas pude hacer diez sentadillas. Todo encajaba. No me atrevía a esperarlo, pero, al mismo tiempo, en el fondo de mi alma, lo sabía. Tan seguro como sabía mi propio nombre, supe que estaba embarazada. ¿Pero qué debía hacer a continuación? Sabía que tenía que ver a un médico, pero ¿qué diablos le iba a decir? Llevaba ocho meses en la cárcel e iba a ser muy raro decir: «Oiga, creo que estoy embarazada». Quería estar segura de si lo estaba o no, pero, si no lo estaba, no quería que el médico supiera de mis cosas. Porque si lo estaba, no pasaría mucho tiempo antes de que todo el mundo lo supiera.

A la mañana siguiente, muy temprano, vi al médico de la cárcel. Le conté todos mis síntomas, soltándole una indirecta tras otra. Me dijo que no tenía de qué preocuparme, que sólo estaba estreñida.

A medida que pasaba el tiempo, se me hacía cada vez más difícil despertarme por la mañana. Cuando las guardias venían a despertarme para ir a la corte, simplemente me daba la vuelta y seguía durmiendo. Hacían todo lo que podían para sacarme de la

cama. Me llamaban. Me amenazaban. Se ponían a dar golpes en los barrotes y todo lo que se les ocurría.

—Únicamente no entréis en esta celda —les decía, con una mala leche increíble—. Como entréis aquí y me pongáis la mano encima, os rompo esa cabeza que lleváis sobre los hombros.

Debían saber que lo decía en serio porque mantenían la distancia hasta que estaba despierta. No me importaba lo que pensaran o dijeran mientras no me pusieran la mano encima. Quería que me dejaran en paz. Todo lo que me apetecía era dormir.

Cuando me despertaba, iba a pie al juzgado, fuera la hora que fuera. El juez me había martirizado con que llegaba tarde y reprendía a mis abogados por no tenerme en la corte a tiempo, pero no servía de nada. No me importaba lo que dijera el juez, ni lo que dijeran las guardias, ni lo que dijera nadie. Todo lo que quería era dormir.

Les dije a Sundiata y a uno o dos abogados que me parecía que estaba embarazada. Me miraron sin comprender, confundidos, como si yo tuviera una imaginación desatada. Cada día me sentía más y más rara. Me sentía frágil y con ganas de vomitar. Volví al médico de la cárcel, con más indirectas y claves. Le repetí la lista de síntomas: estómago revuelto, tripa que se agrandaba, náuseas matutinas, sueño a todas horas, etc. Pero el tipo siguió sin pillarlo y siguió soltándome el rollo sobre un trastorno intestinal. Ya no sabía qué más hacer.

Un día me desperté y casi no podía moverme. Tenía muchísimas ganas de vomitar y encima estaba muy mareada. Me levanté un minuto y luego me volví a tumbar en el catre, agarrándome fuerte. Llamaron al médico de la cárcel. Volví a repetir los síntomas y esta vez pidió que me hicieran algunos análisis. Pidió una muestra de orina. Yo estaba segura de que habría pedido una prueba de embarazo. Esperé varios días y no me dijeron nada. Luego vino la enfermera y me pidió más orina. Yo estaba segura de que esto significaba que la prueba de embarazo había dado positivo y que la querían repetir para asegurarse. Le di la muestra y esperé.

Cuando el médico me llamó a su consulta, sabía que me iba a decir que estaba embarazada. Sin embargo, estaba todo orondo y se portó realmente de una forma muy tonta. No hacía más que

hacer comentarios maliciosos y yo me daba cuenta de que intentaba burlarse de mí. Le pregunté qué me pasaba y me repitió el mismo rollo de siempre sobre un problema intestinal. Luego me hizo algunas preguntas sobre mi vida sexual.

—Vete a preguntarle a tu madre por su vida sexual —le dije y me fui, dando un portazo. Ese mismo día, Ray Brown y Evelyn vinieron a verme. Ray estaba de lo más jovial, muerto de la risa.

—Bueno, esta vez sí que la has armado. No sé lo que vamos a hacer contigo. Su Señoría te va a echar una fuerte reprimenda por quedarte embarazada durante su juicio.

—¿Quieres decir que de verdad estoy embarazada?

—Estaba en el informe del médico para el juez. ¿No lo sabías?

—No —le dije—. Acabo de estar esta mañana en la consulta de ese gilipollas baboso y me ha dicho que era un problema de mis intestinos.

—Te estaba tomando el pelo —dijo Ray—. Te han hecho dos o tres pruebas de embarazo y todas han dado positivo. Estás embarazada, vaya si no. No me lo puedo creer.

Evelyn estaba en estado de *shock*.

—Esto es la pera —dijo. Luego se quedó mirando al vacío un buen rato—. Esto es la pera.

—El juez Bachman está que se sube por las paredes —dijo Ray—. He oído que el FBI va a llevar a cabo una investigación para determinar cómo te has quedado embarazada.

—Bueno, más vale que no intenten venir a hacerme preguntas —les dije—. Les contaré que este bebé ha sido enviado por el creador Negro para liberar a la gente Negra. Les contaré que este bebé es el nuevo Mesías Negro, concebido de una forma sagrada, venido para liderar a nuestra gente por el camino hacia la libertad y la justicia y hacia la creación de una nueva nación Negra.

Sundiata y McKinney se nos habían unido. Sundiata estaba eufórico. No podía con tanta emoción. Seguía allí sentado sonriendo y dándose palmaditas en la rodilla.

—Me parece precioso —decía una y otra vez—. Me parece que es totalmente maravilloso.

Todo el mundo estaba exultante. Yo me alegré. No sabía cómo iban a reaccionar.

—Es asombroso —dijo Evelyn—. En medio de todo este sufrimiento una nueva vida ha sido concebida.

Yo estaba atrapada en la alegría general, pero tenía muchas ganas de quedarme a solas en mi celda y pensar en todo aquello. Lo que había parecido un sueño remoto se estaba convirtiendo en una realidad. Un bebé. Mi mente saltaba y bailaba.

Me pasé los días posteriores prácticamente en una nube. Una nube de alegría. Una persona estaba dentro de mí. Alguien que iba a crecer para caminar y hablar, para amar y reír. Para mí era el milagro de todos los milagros. Y algo profundamente espiritual. Las probabilidades en contra de que ese bebé fuera concebido eran tan altas que yo estaba pasmada. Y sin embargo estaba sucediendo. Parecía algo tan apropiado, tan hermoso, en un entorno que era tan feo. Yo estaba muy emocionada. Ya estaba profundamente enamorada de ese niño. Ya le hablaba y me preocupaba por él y me preguntaba cómo se sentía y qué pensaba. Me quedaba tumbada en mi celda preguntándome si sería chico o chica y qué tipo de vida iba a tener. A qué tipo de personas iba a amar, qué tipo de valores tendría y qué pensaría de toda la locura circundante. A veces me sentía protectora e impotente, preguntándome cuándo le llamarían «negra» por primera vez, preguntándome cuándo se daría cuenta de todo el horror y la degradación de ser Negro en América. ¿Cuántos lobos se ocultaban en la maleza para comerse a mi hijo?

Pero había muchas cosas alegres en las que también pensaba. Me preguntaba cuándo sería la primera vez que mi hijo se sentara a admirar seriamente la gloria de un atardecer y a sorprenderse con las maravillas de la naturaleza. O cuándo él o ella se relamería y se chuparía los dedos con un pastel de batata o besaría las fresas o bebería limonada. Siempre me ha intrigado cómo el mundo puede ser tan hermoso y tan feo a la vez. Yo deseaba, con todo mi ser, que mi bebé experimentara los muchos tipos y aspectos del amor y de la amistad y que conociera y comprendiera la falta de egoísmo y la generosidad, la lucha y el sacrificio, la sinceridad, el valor y tantos sentimientos que me han dado fuerza y que han hecho que mi vida valiera la pena. En aquellos días, yo estaba en un estado tan sensible y de tanta reflexión que casi no notaba lo que sucedía a mi alrededor.

La siguiente vez que vino a verme mi madre, mi hermana estaba con ella. Me dio tanta alegría verlas a las dos. Cuando digo «verlas», es un poco exagerado, porque en la cárcel de morristown hay unos ventanucos por los que miran los visitantes y los reclusos, y hay pequeños agujeros por los que se supone que hay que hablar, aunque para que te oigan hay que gritar.

—Cariño, estás muy pálida —gritó mi madre.

—Mamá, estoy embarazada.

—¿Cómo dices, cariño?

—Estoy embarazada, mamá.

Mi madre sonrió de forma insulsa. Yo volví a repetir y ella se echó a reír.

—¿De cuántos meses estás?

—En serio, mamá, estoy embarazada.

—Bueno, y yo también —me dijo mi madre, riéndose ya a carcajadas—. Creo que fue la histerectomía la que me lo produjo.

—No, mamá —supliqué—. No lo entiendes. Estoy embarazada. No estoy bromeando.

—¿Quién bromea, cariño? Un embarazo es algo serio —dijo, intentando mantener una expresión seria—, en especial cuando el bebé es el resultado de una concepción inmaculada y dios es el padre.

Tanto a ella como a mi hermana les dio un ataque de risa.

—¿Cómo vas a llamar al bebé? —añadió mi hermana—. ¿Jesús?

Y así siguieron. Cuanto más insistía en que estaba embarazada, más se reían y más bromas hacían. Pero al final mi madre dejó de reír.

—¿Estás embarazada de verdad?

Le conté lo que había sucedido en la corte y que el padre era Kamau.

—¿Cómo te encuentras?

—Pues la verdad, un poco rara —le dije—. Apenas puedo moverme y me siento siempre muy cansada.

En la sala de visitas, en el lado de los reclusos, no había sillas, así que había que estar de pie y hablar. Yo me encontraba tan cansada que no podía estar de pie más tiempo. Me senté en el suelo, apoyada en la pared de detrás para que pudieran verme. Yo no

podía verlas, pero nos hablamos a gritos hasta que se terminó la visita. Yo me fui a la celda después y al momento perdí el sentido. Mi madre fue a hablar con el alcaide para quejarse por la negativa a proporcionar sillas.

Al día siguiente vino a verme Evelyn.

—Anoche me llamó tu madre desde Morristown, en cuanto te dejó. Estaba preocupadísima porque, con todo lo que has pasado, al final te has vuelto loca. Le dije que no se preocupara, que es verdad que estás embarazada. Creo que está en estado de *shock*. Igual que tu hermana. Está en todos los periódicos. Te los he traído.

No me lo podía creer. Pero sí, ahí estaban los artículos. Recuerdo que el del *Daily News* de Nueva York era particularmente sórdido. Todos especulaban sobre quién era el padre y sobre cómo me las habría arreglado para quedarme embarazada en la cárcel. Uno de ellos insinuaba que el padre era un guardia de la cárcel.

—Estoy enferma, tía, me siento fatal.

—Bueno, eso es lo que pasa cuando se está embarazada. Tienes náuseas por la mañana y toda una serie de extraños padecimientos. Es totalmente normal.

—Puede que tengas razón, pero tengo unos dolores en esta zona de aquí —le dije, señalando donde me dolía—. Y casi no puedo ponerme de pie.

Me dijo que fuera a ver al médico y yo le conté cómo me había tratado anteriormente.

—Bueno, vete a verle de todas formas, y que te haga un examen completo. Mientras tanto, intentaré que te vea un ginecólogo privado lo antes posible. Seguramente me toque ir al tribunal.

Me prometió que haría todo lo que pudiera para conseguir un médico externo, y yo subí a ver al médico de la cárcel.

—¿Por qué me mentiste y me contaste todas aquellas patrañas sobre un problema intestinal? —fue lo primero que le pregunté.

—Bueno, tú mentiste. Sólo pensé que te iba a pagar con la misma moneda. Total, al final te has enterado, yo sabía que acabarías por saberlo.

Le hablé de mis dolores y me examinó.

—¿Qué me pasa? —le pregunté, con ansiedad.

—Hay una posibilidad de que tengas un aborto.

—¿Cómo? —casi grité.

—Hay una posibilidad de que abortes.

—Yo no quiero un aborto —grité.

—Probablemente es lo mejor que puedes hacer a estar alturas, y yo lo recomendaría. Pero no es de eso de lo que hablaba. He dicho que hay una posibilidad de que tengas un aborto espontáneo.

—¡Oh, no! —gemí—. ¿Qué vas a hacer?

—Tranquila. Probablemente no es nada serio. No es nada de lo que preocuparse.

—¿Cómo que no es nada de lo que preocuparse? Yo quiero este bebé.

—Bueno, yo no puedo obligarte a nada, pero mi consejo es que abortes. Sería lo mejor para ti y para todos.

—Yo no quiero abortar ni por lo más sagrado. ¿Pero qué vas a hacer sobre este riesgo de aborto espontáneo? ¿Hay algo que me puedas dar para impedirlo? ¿No hay nada que pueda tomar para asegurarme de que no pierdo este bebé?

—No. En este momento no hay nada que yo pueda hacer. Tendremos que esperar y ver qué pasa.

—¿Qué quieres decir con eso de «esperar y ver qué pasa»? Si tengo un aborto espontáneo, entonces será demasiado tarde. ¿No puedes llamar a un ginecólogo?

—No. Ahora no hay nada que pueda hacer.

—Quieres decir que no hay nada que quieras hacer, ¿no?

—Tómalo como quieras.

—¿Ni siquiera vas a llamar a un ginecólogo para que me vea? Tú no eres un especialista en esta materia.

—No necesito que vengas tú a decirme cuáles son mis especialidades —dijo enfadado—. Sería mejor para todos los implicados que te hicieran un aborto, sea como fuere.

—¿Y exactamente quiénes son todos los implicados?

—Tú no te preocupes por eso. Mi consejo es que vayas a tu celda y te tumbes. Simplemente tumbate y descansa la mente. Tumbate y descansa los pies. Y si vas al baño y ves un cuajarón, no tires de la cadena. Es tu bebé.

Salí corriendo de la consulta y, cuando llegué a mi celda, me tumbé en el catre, llorando. Estaba muerta de preocupación. Por lo que veía, estaban dispuestos a matar a mi bebé. No podía perderlo en ese momento, no entonces. Estaba destinado, ese bebé era nuestra esperanza. Nuestra esperanza para el futuro. Intenté calmarme. No quería que el bebé sintiera mi angustia. Y finalmente me dormí.

A la mañana siguiente, esperé ansiosamente a que llegaran Evelyn y Ray Brown. Ray llegó primero. Le conté lo que había pasado.

—Por favor —supliqué—, conséguidme un médico de confianza que me vea hoy.

—Intentaré conseguir uno lo antes posible —me aseguró Ray—. Tendré que hacer algunas llamadas y luego tengo que hablar con el juez. Está furioso, ya sabes. Quiere que el juicio se reanude hoy. No te preocupes, todo va a ir bien.

Ray y Evelyn volvieron una hora después.

—No te preocupes —me dijeron—, el juicio se ha pospuesto hasta que haya un informe de nuestro médico. El juez ha permitido que te examine nuestro propio ginecólogo y va a venir esta tarde, así que alégrate.

Hicieron todo lo que pudieron para que no pensara en nada y me sintiera mejor. Ese día me sentía peor que nunca.

—¿Es Negro el médico?

—No, es del Ku Klux Klan —contestó bromeando Ray Brown. Yo sentía que se me iban a caer las entrañas al suelo en cualquier momento. Ray salió a reunirse con el médico y volvió seguido por un hombre alto de piel morena. Desde luego no tenía aspecto de médico para nada. Parecía salido directamente de la típica película de negros, como Super Fly. Llevaba un largo abrigo de piel, un chándal y zapatos de plataforma. Pero cuando le miré a la cara, me sentí reconfortada. Era amable y tenía mucha confianza en sí mismo. Fue muy suave cuando me examinó y yo se lo agradecí muchísimo. Me hizo un montón de preguntas con un tono cuidadoso, concienzudo. Yo me sentía realmente impresionada.

—¿Me puedes volver a decir tu nombre? —le pregunté, avergonzada porque se me había olvidado.

—Claro, eso es fácil. Ernest Wyman Garrett. Ejercía en Newark y tenía un aire de Newark. Me gustó al momento. Pertenecía a esa extraña especie de profesionales Negros que no han perdido el contacto con las masas de gente Negra. No tenía ni rastro de los gestos ni de la manera de hablar burguesa amanerada que son tan populares entre la clase media Negra.

Esperé ansiosamente el veredicto.

—No hay duda. Estás embarazada. Pero he encontrado sangre en el canal vaginal, lo que puede ser un síntoma de que algo no va bien. Hay una posibilidad de que abortes. Eso no significa que vayas a tener un aborto espontáneo. Hay buenas posibilidades de que no sea así. Las estadísticas médicas están a tu favor.

Me explicó las diferentes posibilidades y el tratamiento que me estaba prescribiendo. Le pregunté un montón de cosas y, cuando se fue, me sentí muchísimo mejor, simplemente sabiendo que había alguien en quien podía confiar cuidando del bebé y de mí.

Los días que siguieron se entremezclan en mi mente. La mayor parte del tiempo me la pasaba durmiendo. Sin embargo, al alcaide y al *sheriff* y a los poderes fácticos no les gustaba la idea de que yo tuviera mi propio médico. En sus mentes, el médico de la cárcel, un charlatán carnicero, bastaba y sobraba. Y el hecho de que el doctor Garrett fuera negro les sacaba de sus casillas. Se negaron a que me examinara a menos que estuviera presente un médico blanco, pagado por el estado, y para el informe del juez tenía que examinarme el médico blanco. Por fortuna, estuvo de acuerdo con el diagnóstico de mi médico. Había un montón de actividad en torno a mí que yo no comprendía. Me sentía demasiado ajena para intentarlo. Lo que sí podía ver es que Ray y Evelyn estaban preocupados. Yo quería ayudarlos, llegar hasta el fondo de lo que estaba sucediendo, pero no tenía la energía para ello.

Como dos días después de su primera visita, el doctor Garrett vino a verme. Cuando terminó de examinarme, me dijo:

—Assata, no quiero preocuparte, pero creo que deberían hospitalizarte. No es nada serio, es sólo por precaución. No estás en condiciones de soportar un juicio. Necesitas algunas semanas de reposo total. Hay una posibilidad de que el juez intente presionar para que continúe el proceso, sin tener en cuenta tu condición

física. Assata, eso no podemos permitirlo de ninguna manera. Estoy preparado para luchar hasta donde haga falta por defender tu derecho como ser humano a recibir un tratamiento médico decente y para que tu bebé nazca sano. Estoy haciendo por ti lo mismo que haría por cualquier paciente. Tendrías que estar en un hospital. No hay ningún médico responsable en el mundo que no esté de acuerdo con esa opinión. Y estoy dispuesto a testificar ante cualquier tribunal que negarte un cuidado médico adecuado equivale a cometer asesinato. Dentro de poco, iré a presentar al juez un informe sobre tu salud. Voy a hacer todo lo posible por convencerle de lo serio de este asunto. Creo que atenderá a razones. Estoy seguro de que estará de acuerdo con el dictamen de dos ginecólogos colegiados. Pero si llegamos a lo peor y deniega nuestra moción, me ocuparé personalmente de que mañana por la mañana esta cárcel y el juzgado se vean rodeados por personas que defienden el derecho a la vida.

Yo estaba demasiado atontada para decir mucho más que gracias. Estaba muerta de preocupación por mi bebé, pero sabía que se estaba haciendo todo lo que se podía hacer, y eso me quitaba un gran peso de encima. Me vestí y esperé que vinieran por mí y me llevaran al tribunal. Quería oír lo que estaba sucediendo. Cuando no vinieron a buscarme, me preocupé. ¿Qué estaría pasando? ¿Por qué no venían a llevarme a la sala del tribunal? ¿Por qué tardaban tanto? ¿Qué irían a hacer? ¿Estarían intentando que fuera a juicio en aquellas condiciones? ¿Qué estarían planeando?

Evelyn y Ran llegaron pavoneándose y con amplias sonrisas. Supe que todo iba a salir bien.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué no me han llevado a la corte?

—Estás demasiado enferma para ir al juzgado. —Evelyn se rió—. ¿No has oído que no permiten que las mujeres embarazadas entren en los tribunales? Piensan que es una enfermedad y les da miedo que todo el mundo se contagie. Nos pareció que era mucho mejor que no te trasladaran. Ha ido bien. Te van a llevar a un hospital en cuanto lo organicen. El doctor Garrett ha hecho un gran trabajo. Después de ese discurso, no había forma de que el juez te obligara a ir a juicio en tu estado. El juicio ha sido partido y Sundiata va a continuar él solo.

—¿Cómo? —exclamé yo—. Pero habíamos acordado que nos juzgaran juntos. ¿Por qué no pueden esperar hasta que yo esté mejor?

—Bueno, Assata, ya sabes que no van a esperar hasta que tú tengas tu bebé para juzgar a Sundiata. Alegan que estar aquí en Morristown les está costando una fortuna.

—Sería más barato que nos juzgaran juntos —dije yo—. Bueno, ¿puedo al menos ver a Sundiata y despedirme de él?

—Lo intentaremos —dijeron—, pero no sabemos si va a haber tiempo o si el *sheriff* consentirá.

—Le voy a echar de menos.

—Sí. Lo sabemos.

Más tarde me pusieron en una camilla y me llevaron a una ambulancia.

—No te preocupes —le dije al bebé—, todo va a ir bien.

Amor

*El amor es contrabando en el Infierno,
porque el amor es un ácido que corroe los barrotes
Pero tú, yo y mañana vamos de la mano
y hacemos voto de que la lucha se multiplicará
La sierra tiene dos filos
La escopeta tiene dos cañones
Estamos embarazadas de libertad
Somos una conspiración.*

Después del Village, viví con Evelyn en la calle ochenta, entre Amsterdam y Columbus, en Manhattan. Ella tenía un apartamento con jardín en una casa de piedra marrón. En el jardín no crecían más que las malas hierbas, y ahí era donde los vecinos tiraban la basura. El apartamento era una gran sala que usábamos para dormir, comer y vivir; tenía una cocina y un baño con un inodoro pasado de moda situado sobre una plataforma y con una cisterna elevada, así que había que tirar de una cadena para vaciarla. Evelyn siempre lo llamaba el basurero. Lo había decorado muy bien, pero simplemente era demasiado pequeño para dos personas, en especial si una de ellas era yo. Yo era un desastre, y ella hizo un esfuerzo enorme para enseñarme a ser ordenada. En un lugar pequeño como aquél, solamente con que hubiera unas pocas cosas fuera de su sitio, ya parecía que hubiera pasado un huracán. Y muchos días, después de una larga jornada de trabajo, a la pobre la recibía un huracán, un tornado y un terremoto a la vez. Poco a poco fui aprendiendo a mantener las cosas en algo que se parecía vagamente al orden.

El barrio, para mí, era fascinante, lleno de personalidad y sabores distintos. Central Park y Riverside Park estaban cerca y enseguida me enamoré de ambos. Además había también un montón de museos cerca y yo me pasaba las horas muertas en el Museo de Historia Natural y en el Metropolitan. Entonces eran gratis y estaban llenos de cosas fascinantes. Había todo tipo de tiendas para explorar y analizar, aunque la mayor parte del tiempo no tenía un céntimo. Yo estaba encantada con todo. Y fue mi primer vistazo a la jerarquía de la sociedad amerikana.

La calle Dieciocho, como muchas otras cercanas, estaba cambiando. Casi todos los cambios, sin embargo, habían tenido lugar antes de que yo llegara. La mayoría de los alemanes ya se había ido y estaban llegando los Negros y puertorriqueños. Evelyn me contó que cuando ella se mudó al apartamento, era tan seguro que dormía en verano con la puerta trasera abierta y simplemente con el pasador de la puerta mosquitera echado. En la calle 80th podía haber tres, cuatro, cinco o más personas amontonadas en un apartamento de una sola habitación. A veces los pisos se alquilaban amueblados y no había más que una cama vieja que se hundía, una cajonera, y un frigo y una cocina destartalados. Normalmente se podían identificar desde fuera por las finas cortinas de plástico que se mecían al viento. Casi toda la gente de la calle era pobre, aunque aquí y allá había algunos pisos rehabilitados que atraían a una clientela algo más próspera, normalmente «gente de la noche».

Justo detrás de nosotras estaba la calle Setenta y nueve, pero había un abismo entre las dos. Era una calle de clase media alta donde vivían médicos y abogados y artistas del espectáculo. Cada día, después de clase, oía practicar a una cantante de ópera. Quizá sea por eso por lo que le cogí tanta manía a la ópera. A la gente de la calle Setenta y nueve ni se le ocurriría soñar con mezclarse con la de la 80th. Admitían nuestra existencia con una mezcla de regocijo, miedo y aversión. La Ochenta y uno, entre Central Park Oeste y Columbus Avenue, era aún más rica. Los vestíbulos eran elegantes y los porteros iban espléndidamente ataviados. Por lo general eran todos blancos y no tenían la más mínima conciencia de la gente que vivía a una manzana de distancia.

Más allá, hacia el río, cerca de West End Avenue o Riverside Drive, había un barrio de clase media. Los edificios eran normalmente antiguos, grandiosos y bien cuidados. La gente que vivía ahí eran casi todos blancos, por supuesto, con algunos Negros y parejas mixtas. Se suponía que el Upper West Side, como se llamaba el barrio, era un feudo «progresista». Nunca he entendido muy bien lo que es eso, la verdad, pues he oído a los progres expresar todo tipo de opiniones imaginables sobre todo tema concebible. Tal como yo lo veo, está la extrema derecha, que son

perros fascistas, racistas capitalistas como Ronald Reagan, que te vienen y te dicen directamente lo que piensan. En el otro extremo, tienes a la izquierda, que se supone que está comprometida con la justicia, la igualdad y los derechos humanos. Y entre esos dos puntos, en algún sitio, están los progres. Por lo que a mí respecta, es la palabra más carente de sentido de todo el diccionario. La historia me ha mostrado que mientras la gente blanca de clase media pueda vivir a todo tren, ir de vacaciones a Europa, mandar a sus hijos a colegios privados y disfrutar de los beneficios de su piel blanca, entonces son «progres». Pero cuando llegan los malos tiempos y falta el dinero, se quitan esa máscara progre y se podría pensar que estás hablando con Adolf Hitler. Ellos sienten compasión por los menos favorecidos a condición de que puedan mantener sus propios privilegios.

A veces iba caminando hasta el East Side, al otro lado de Central Park. Si Riverside Drive era como otra ciudad, entonces el East Side era como otro mundo. *Nannies* inglesas empujaban lujosos cochecitos de bebé (los llamaban *pram*) por el lado oriental de Central Park. Los únicos Negros que se veían eran criados o, como yo, gente que pasaba. La Quinta Avenida, Park Avenue, coches con chófer, diamantes, y pieles. El Upper East Side era para los ricos de verdad. Cuando paseaba por esas calles, algunos me miraban como si fuera un objeto de museo o algo así. Una o dos veces, un portero llegó a pararme y preguntarme a dónde iba. Pero yo seguía caminando y mirando. A veces me lo pasaba bien y entraba en alguna tienda. No podía creer que hubiera gente que pagaba esas cantidades por las cosas. En cuanto entraba, tenía a los vendedores encima. A veces les decía que sólo estaba mirando. Otras veces pedía cosas extrañas, como manitas de cerdo en vinagre. Normalmente, decían: «¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?» y yo me echaba a reír. Una vez entré en una tienda de alimentación y me preguntaron quién era mi señora.

Siempre me ha vuelto loca el arte y me empeñaba en visitar cada galería de arte que descubría. A veces la gente se mostraba altanera o indignada. Al principio, yo me sentía incómoda y fuera de lugar. Pero poco después, si se mostraban indignados, yo insistía en preguntar el precio de cada pieza. Se ponían tan colorados

y se hinchaban tanto que me daba la risa. Me acuerdo de haber odiado a algunos de ellos, pero al mismo tiempo quería ser rica como ellos. En aquella época, pensaba que ser rica era la solución para todo.

A cuatro manzanas de donde vivía, había otro mundo distinto: la calle Ochenta y cuatro, entre Amsterdam y Columbus. Antes de que la derribaran, tenía el título de peor manzana de la ciudad. Cuando yo era pequeña, nunca me hubiera imaginado que la gente pudiera vivir en tales condiciones. Vivir en uno de aquellos apartamentos era como vivir en un ataúd. Lo juro, había un edificio que, cuando se pasaba por ahí en verano, olía tan mal que te hacía desear caer de rodillas. Normalmente yo sólo me sentaba en las escaleras de alguna entrada y observaba la calle. Siempre pasaba algo. Los hombres andaban por allí con trapos en la cabeza, que cubrían peinados bien engrasados, trapicheando, riendo y hablando y mirando a las mujeres que pasaban. Borracheras y peleas de borrachos. La calle estaba siempre viva y llena de gente. La supervivencia y la vida colgaban al aire libre como la colada, a la vista de todo el mundo. Peleas, historias turbias, dolor y malicia corrían por las calles como el pus de una herida abierta. Había algo terrible y premonitorio en esa calle, pero al mismo tiempo era excitante.

Lil-Bit, que iba a mi escuela, vivía en la calle Ochenta y cuatro. Su apodo era Lil-Bit, pero yo la llamaba Fruit-fly porque se píraba por la fruta. Me gustaba andar con ella, porque era buena caminadora; podíamos caminar durante horas sin cansarnos. Un día me pidió que fuera con ella a coger algo de su casa. Cuando llegamos allí, no lo podía creer. Yo pensaba que había visto antes kelis que eran un desmadre total, pero la suya se llevaba la palma. Vivía en una habitación diminuta como un armario, de color verde de guisante, cubierta de cucarachas por todas partes. Yo no hacía más que mirarla fijamente. Ella andaba por aquella casa de los horrores con total normalidad. Ni siquiera intentaba matar las cucarachas. Simplemente las apartaba si estaban en medio. Cuando me fui, tuve picores y me estuve rascando durante horas.

Cuando conocí a la madre de Lil-Bit y la fui tratando a ella y a algunas de sus vecinas, recibí mi primera lección en desesperanza.

La madre de Lil-Bit solía trabajar en fábricas y lavanderías como planchadora. Pero se había quemado la mano gravemente y recibía algún tipo de pensión por invalidez. Vivía totalmente al día esperando el siguiente cheque. Siempre estaba enferma, y a veces su tos era tan fuerte que me parecía que se iba a morir en cualquier momento. Daba la sensación de que siempre estaba demasiado cansada o demasiado débil para hacer nada. Tenían un hornillo, pero la mayor parte del tiempo ni siquiera cocinaban. Sólo comían sándwiches, normalmente jamón de york y pan blanco. La madre no iba nunca a ningún sitio salvo al hospital o a la oficina de la Seguridad Social o al bar de la calle Amsterdam. A veces se emborrachaba y se ponía a gritar sobre algún hombre con el que anduvo una vez. No sabía nada de lo que pasaba en el mundo y no parecía importarle. La calle 84th era su mundo y los otros mundos en realidad no existían. Cuando yo estaba con ellas, sentía todo tipo de cosas. A veces indignación y enfado porque lo aceptaban todo y vivían de cualquier manera. Otras veces sentía compasión por ellas y otras veces me relajaba y disfrutaba de su compañía porque eran simpáticas y campechanas. Pero cuando pasaba tiempo con ellas era siempre en las escaleras de la entrada. Nunca pude entrar en aquella casa.

Evelyn, sin embargo, me restringía las excursiones al mínimo. Era estricta y no hacía concesiones. Cada día, después de clase, tenía que estar en casa a las cuatro, y ella llamaba por teléfono para ver si había llegado sin problemas. No me quería en la calle porque decía que el barrio era malo y no quería que yo me metiera en algún lío. Y también quería que me quedara en casa e hiciera los deberes. Después de los deberes, leía. Nunca me ha gustado mucho la tele, y además Evelyn tenía una biblioteca muy buena. Aquellos libros eran como alimento para mí. Mis favoritos eran la ficción y la poesía, pero también me gustaban la psicología y la historia. También me gustaba leer sobre otros países y sobre todas las diferentes religiones del mundo. Los únicos libros que nunca tocaba eran los de Derecho de Evelyn. Me parecían áridos y me resultaban totalmente ajenos.

Ella era un pozo de conocimiento y sabía de muchas cosas. Siempre estábamos conversando o debatiendo sobre algo. Al pasar

tiempo a su lado, empecé a pensar que yo molaba y era sofisticada y adulta y que lo sabía todo. No se me podía decir nada. Yo era lo más de lo más. Evelyn y yo íbamos a museos y galerías de arte y al teatro. Tanto en Broadway como fuera de Broadway me enseñaba muchísimas cosas. Empecé a ver las películas como una forma de arte en lugar de verlas sólo como un entretenimiento. Fui aprendiendo qué y cómo pedir en restaurantes. Y mi vocabulario y control del inglés se fueron expandiendo enormemente.

Pero la vida con Evelyn tenía claramente sus altibajos. A veces nos llevábamos muy bien y otras era terrible. Ella era de lo más sincera y no podía tolerar mis mentiras. Yo intentaba decir la verdad y ser honesta, pero a veces, en particular en una situación difícil, contaba trolas. Había tenido ese hábito y me resultaba fácil caer en el viejo patrón. Pero era inútil mentirle a Evelyn porque era abogada y me interrogaba como a un testigo de la parte contraria, hasta que yo inevitablemente caía en mi propia trampa. Poco a poco, me fui quitando esa costumbre, pero fue una batalla larga y constante entre nosotras.

Nuestra situación financiera también tenía sus vaivenes. Una semana éramos «ricas» y a la siguiente éramos «pobres». Evelyn estaba empeñada en ser abogada de juicios y tener su propio bufete. Casi todos sus clientes eran Negros y pobres y la mayor parte del tiempo no tenían dinero para pagarle. Pero ella los defendía igualmente. Siempre estaba de lo más indignada por una injusticia u otra. Yo la solía llamar «la última mujer enfadada». Pero en cuanto alguien le pagaba, éramos «ricas». Salíamos a celebrarlo. Durante una semana o así comíamos filetes y chuletas de cordero, íbamos a restaurantes, cogíamos taxis; la siguiente semana volvíamos a coger el metro y a comer hamburguesas. Evelyn era generosa y extravagante, y no tenía cabeza para los negocios. Normalmente hacía yo la compra porque era más práctica y tacaña. De vez en cuando me sentía tentada a concederme un «descuento de los cinco dedos», pero Evelyn era tan honrada que se me acabó pegando. Me estaba convirtiendo en alguien tan bueno que no podía soportarme a mí misma. La verdad es que experimenté un cambio enorme.

Evelyn tenía grandes planes para mi futuro. Asistía a la escuela Junior High School 44, pero ella no estaba contenta con la educación

que recibía. No era una mala escuela, pero aprendíamos mucho más lento que en mi escuela de Queens. No me acuerdo de mucho, excepto de las clases de música. Casi toda la clase era Negra o puertorriqueña y a todos nos encantaba la música. Pero odiábamos intensamente la clase de música. La maestra nos hablaba como si fuéramos salvajes inferiores, incapaces de aceptar las cosas buenas de la vida. Nos hablaba sobre sinfonías y conciertos y sonatas y demás con un tono de superioridad. Un niño imitaba sus gestos y expresiones y el resto nos reíamos por lo bajo mientras ella ponía música. Ella se irritaba más y más diciendo:

—Escuchad, ¿no podéis escuchar? ¿No tenéis oídos? ¿No sabéis apreciar nada? Estoy intentando que llegéis a apreciar la música y os comportáis como si estuvierais sordos. Quiero que dejéis de hablar y escuchéis. ¿Me oís?

Nosotros hacíamos cada vez más ruido y la maestra se indignaba más y más. Nos gritaba y nos llamaba gamberros e ignorantes. Y nosotros le devolvíamos los insultos.

La odiábamos porque ella pensaba que la música que a ella le gustaba era superior. No admitía que nosotros teníamos nuestra propia música y que nos encantaba. Para ella no había más música que Bach, Beethoven y Mozart. Para ella éramos incultos y zafios. En su opinión, la música latina, el jazz, el *rhythm and blues*, eran basura y nosotros éramos basura. Era una racista que lo habría negado hasta el final. Mucha gente no sabe de cuántas formas puede manifestarse el racismo y de cuántas formas lucha la gente contra él. Cuando pienso en lo racista, en lo euro-céntrica que es lo que llaman educación en américa, me quedo alucinada. Y cuando me acuerdo de aquellos chicos a los que se etiquetó de alborotadores y problemáticos, me doy cuenta de que muchos de ellos eran héroes no reconocidos que luchaban por preservar su dignidad y el sentido de su propia valía.

Evelyn «sugirió» intensamente que ingresara en la secundaria Cathedral High School en Noveno. Yo no estaba muy contenta con la idea, porque odiaba llevar uniforme y las escuelas católicas tenían fama de ser muy severas. Pero Evelyn siguió insistiendo enérgicamente y al final capté el mensaje. Sin embargo, no me importaba la parte religiosa católica, pues yo iba a misa de forma

regular y ese año estuve de lo más beatona. Hice el examen de ingreso y lo aprobé, y estaba claro que iba a empezar cuando llegara septiembre. Incluso comencé a sentirme contenta por ello. Era un cambio y siempre he sido una persona a la que le gustan los cambios de escenario.

Normalmente pasaba los fines de semana con alguna amiga o con mi madre siempre que podía. Toni molaba para estar con ella y siempre sabía dónde había fiesta. Pero nunca tuvimos conversaciones profundas ni llegamos a ser verdaderamente íntimas. Bonnie y yo nos conocimos por Toni y empezamos lo que habría de ser una amistad de mejor amiga con una discusión sobre Abraham Lincoln. Discutimos durante horas hasta que la tía de Bonnie nos dijo que nos calláramos y que nos fuéramos a la cama, porque ninguna de las dos sabíamos de lo que estábamos hablando. Bonnie vivía en el mismo bloque que mi madre, y después de esa noche nos hicimos íntimas y hablábamos de todo lo divino y lo humano. Bonnie sabía más que yo sobre lo que pasaba en el mundo y nos pasábamos horas hablando sobre Medgar Evers, las sentadas, los activistas por los derechos civiles que desafiaban la segregación en los transportes, etc. Empezamos a escribir poesía de amor y de la gente Negra, y a veces escribíamos poemas morbosos sobre el odio y la muerte. En cuanto terminábamos un poema nos llamábamos y nos lo leíamos. Poco después empezamos a leer poesía juntas. Dorothy Parker y Edna St. Vincent eran nuestros ídolos. Leímos todo lo que habían escrito y hasta nos aprendimos sus poemas. Y después leímos todo tipo de poetas. Éramos «profundas» y estábamos siempre en la biblioteca o en una librería intentando encontrar otro poeta que fuera también «profundo». Cuanto más leíamos, más escribíamos. Y nos venía bien en la calle. Si no nos gustaba alguien, o si discutíamos con alguien, escribíamos un poema sobre esa persona. Nos inventábamos todo tipo de poemas y nos reíamos como locas. Éramos jóvenes y viejas, alegres y tristes al mismo tiempo.

Normalmente cada verano bajaba al Sur para visitar a mis abuelos. Cuando tenían el negocio en la playa, me encantaba. Pero perdieron dos edificios distintos allí, ambos destrozados por los huracanes. Después de que el último fuera arrasado, llevaban un

restaurante en Red Cross Street. A veces me encantaba trabajar allí, pero no era ni de lejos tan divertido como trabajar en la playa.

Uno de los últimos veranos que pasé allí, la NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color) alquiló un local unas casas más abajo del restaurante de mis abuelos, lo que me inspiró mucha curiosidad. Siempre estaba pasando por delante, parándome en la puerta o entraba discretamente al interior para ver lo que pasaba. Les oía hablar sobre cómo integrar el Sur por medio de sentadas, reuniones de plegarias y cantos y por medio de la no-violencia. Yo estaba contenta porque por supuesto que deseaba el fin de la segregación. Había crecido expuesta al lado degradante y deshumanizador de la política de segregación. Me acuerdo de que, cuando viajábamos del Norte al Sur y viceversa, realmente sentíamos los efectos de esa situación de forma más punzante que en otros momentos. Viajábamos durante horas sin poder parar en ningún sitio. A veces llegábamos a una gasolinera asquerosa, echábamos gasolina y luego nos decían que no podíamos usar sus cochambrosos baños porque éramos Negros. Me acuerdo claramente de que teníamos que agacharnos entre los arbustos, mientras los mosquitos me picaban el trasero desnudo y mi abuela me pasaba el papel higiénico, porque no podíamos encontrar ningún sitio con un baño «para gente de color». A veces teníamos hambre, pero no podíamos encontrar un sitio para comer. Otras veces teníamos sueño y no había hotel o motel que nos admitiera. Si me paro y hago recuento de todos los baños y máquinas de refrescos en mi vida y todas las traseras de autobús y las leyes raciales para los vagones de tren y los sitios a los que no se me permitía acceder, acabo como una bola llena de ira.

Por eso, cuando vi a la gente de la NAACP, estaba dispuesta a participar en lo que fuera que hicieran. Pero me parecían un poco confusos. Un día estaba por la oficina y dos hombres hablaban de la no-violencia y el auto-control. Luego uno de ellos se paseó por la oficina preguntando a todo el mundo.

- ¿Qué harías si alguien te empujara?
- Nada. Seguiría haciendo lo que estaba haciendo.
- ¿Qué harías si te dieran una patada?

—Le rezaría al Señor para que perdonara sus pecados.

—¿Qué harías si te escupieran?

—Seguiría cantando.

Bueno, aquello era demasiado para mí. Podía aceptar que alguien me empujara, me golpeará, me diera patadas, pero quedarme allí y dejar que un perro craka me escupiera, bueno, la mera idea me daba ganas de luchar. Para mí, si alguien te escupía, era peor que si te golpeaba, en particular si te escupían en la cara. Intentaba decirme que me quedaría ahí y lo aceptaría, pero cada músculo de mi cuerpo, todos mis instintos se rebelaban contra ello. El hombre siguió recorriendo la sala, preguntando las mismas cosas a todo el mundo. Cuando llegó a mí, yo también contesté lo mismo, excepto a la pregunta de escupir.

—No sé —le dije.

—¿Cómo que no sabes?

—Pues eso, que no lo sé.

—Bueno, hermanita, podemos ver que simplemente tú no estás lista. Si quieres tu libertad, no hay sacrificio demasiado grande.

Todo el mundo me miró como si fuera una idiota estúpida. Me sentí mal, pero aun así no podía hacerme a la idea de permitir que alguien me escupiera. El hombre dijo que yo no estaba lista, y tuve que estar de acuerdo con él.

Cuando recuerdo aquellos tiempos, siento mucha admiración y respeto por el espíritu de lucha y sacrificio que mostró mi gente. Se enfrentaron a turbas blancas, mangueras con agua, perros feroces, el Ku Klux Klan, policía que tiraba de porra con mucha alegría, en tanto que mi gente sólo estaba armada con su fe en la justicia y su deseo de libertad.

Me acuerdo de cómo me sentía en aquella época. Quería ser una amerikana como cualquier otra. Quería una ración del pastel de manzana de américa. Creía que podíamos conseguir nuestra libertad sólo apelando a la conciencia de la gente blanca. Creía que al Norte le interesaba de verdad la integración y los derechos civiles y la igualdad de derechos. Iba por ahí hablando de «nuestro país», «nuestro presidente», «nuestro gobierno». Cuando se tocaba el himno nacional o se pronunciaba el juramento de lealtad, yo

me ponía firme y me sentía orgullosa. No sé de qué cojones me sentía orgullosa, pero sentía el zumo del patriotismo fluir por mis venas.

Creía que si el Sur pudiera sencillamente ser como el Norte, entonces todo iría bien. Creía que nosotros los Negros verdaderamente estábamos consiguiendo avances y que el gobierno, el presidente, la corte suprema y el congreso nos apoyaban, así que las cosas no podían ir mal. Realmente creía que la integración era la respuesta a nuestros problemas. Creía que si la gente blanca pudiera ir a la escuela con nosotros, vivir cerca de nosotros, trabajar con nosotros, vería que en realidad éramos buena gente y dejaría de tener prejuicios contra nosotros. Creía de verdad que américa era un buen país, como mis maestros decían en la escuela, «el mejor país sobre la faz de la tierra». Yo crecí creyéndome esos rollos. Creyéndolos de verdad. Y ahora, veintitantos años después, me parecen una broma de mal gusto.

Nadie en el mundo, nadie en la historia, ha conseguido nunca su libertad apelando al sentido moral de la gente que los oprimía. Cuando te pones a estudiar y verdaderamente comprendes cómo funciona el sistema en Estados Unidos, entonces te das cuenta, sin ningún género de duda, de que el movimiento de los derechos civiles nunca tuvo ni la más mínima posibilidad de triunfar. La gente blanca, tanto si son del Norte como del Sur, tanto si era en 1960 como en 1980, se beneficia de la opresión de la gente Negra. Los que creen que este país está gobernado por el presidente o el vice-presidente y el congreso y la corte suprema están muy equivocados. El rey es el todopoderoso dólar, los que controlan el país son quienes tienen más dinero, y por medio de contribuciones a campañas electorales compran y venden presidentes, congresistas y jueces, que a su vez aprueban leyes y las aplican para beneficiar a sus benefactores.

Los ricos siempre han usado el racismo para conservar el poder. Odiar a alguien, discriminarlo, atacarlo por sus rasgos raciales es una de las maneras de pensar más primitivas, reaccionarias e ignorantes que existen.

Una guerra entre razas no ayudaría a nadie ni liberaría a nadie y debería ser evitada a toda costa. Pero una guerra sólo de un lado

con los Negros como objetivo y los blancos disparando las armas es aún peor. De ahí que sea una negligencia criminal no abordar el racismo y la violencia racista, y no prepararnos para defendernos contra ellos.

Forastero

*Todo lo que amas
procede de otro mundo.
Hambriento
desdeñas
mi arroz con frijoles.*

Me llevaron al hospital Roosevelt en Metuchen, Nueva Jersey, y me encadenaron a la cama con un grillete en el pie. El doctor Garrett constató que estaba embarazada de un mes. Cuando me vino a ver, exigió que me lo quitaran inmediatamente, basándose en el principio elemental de que estar encadenada a la pata de una cama no parecía el tratamiento más adecuado, ni física ni mentalmente, para una mujer con riesgo de aborto. Mi estabilidad mental también estaba amenazada por los guardias que se pasaban veinticuatro horas apostados fuera de mi cuarto, apuntándome a la cabeza con escopetas.

Diez días después, me dieron el alta a pesar de las objeciones de mi médico, me llevaron a la cárcel masculina del condado de middlesex y me mantuvieron incomunicada desde febrero de 1974 hasta mayo de ese mismo año.

Al principio ni siquiera me daban leche, y como el cerdo era la comida principal, casi a diario, empecé a pasar mucha hambre. (Las cárceles de condado funcionan de la siguiente manera: te dan una sábana, una manta cutre, una taza de lata; y asaltan la celda si tienes algún lujo, como sal.) Hicieron todo lo posible para frustrar el cuidado que el doctor Garrett estaba intentando darme. Contrataron a su propio médico e insistieron en que tenía que estar presente cada vez que me visitara el mío. Esto complicaba gravemente el número de visitas que el doctor Garrett podía fijar, pues a menudo su médico no «estaba disponible» los días acordados y fijados para las visitas.

Mis abogados interpusieron una demanda contra el estado de Nueva Jersey ante la corte federal por maltrato médico y alimentario. Antes de la fecha prevista para la vista, me extraditaron al

estado de Nueva York, lo que invalidó la acción de la corte federal. Cuando llegué de nuevo a la isla de Rikers, sufría anemia y desnutrición según el examen físico de entrada. En Nueva Jersey me daban un complemento de hierro, pero seguí sufriendo de anemia hasta el último análisis de sangre antes de dar a luz.

La dieta de embarazada o «especial» en Rikers, aparte del menú normal, era: leche en polvo, un zumo y un huevo duro cada día. Ésta fue mi dieta hasta que di a luz y todo parecía transcurrir con normalidad.

Mientras, los abogados obtuvieron otra orden judicial del juzgado de Nueva York que permitía que el doctor Garrett se siguiera haciendo cargo de mí. Cuando llegó a Rikers por primera vez, yo estaba en la enfermería. Le dijeron que la orden judicial «no valía para nada» y que no podía verme. Me dejaron en una habitación durante tres días con una mujer que padecía tuberculosis activa, según supe luego. Era mayo y habían quitado la calefacción. Volvió a hacer frío y las mujeres a las que les daban ataques, las que tenían mono de metadona y una hermana que decían que tenía neumonía amontonaban las sábanas en sus camas. La hermana se puso cada vez peor. Finalmente, se la llevaron al hospital Elmhurst, donde descubrieron que tenía tuberculosis. De esto me enteré más tarde: cuando volvió a Rikers, la tuvieron aislada y los médicos se ponían máscaras y guantes cuando le hacían la visita.

También tuve candidiasis, una infección vaginal, que empeoró porque los médicos del Hospital Montefiore asignados a Rikers no se ponían de acuerdo en el tratamiento. Se negaron a tratarme hasta que llegara mi cultivo del hospital Elmhurst. Para cuando consiguieron tenerlo, toda la parte interior de mis ingles estaba en carne viva por la infección y apenas podía andar.

El Hospital Montefiore y la Health and Hospital Corporation fueron a juicio para tratar de impedir que el doctor Garrett me atendiera en el parto. Su postura era que, puesto que era una «reclusa», no era necesario que tuviera un médico de mi elección. También decían que era «perjudicial» porque, cuando conseguía verme, «frecuentemente escribía en mi ficha médica», lo cual les molestaba. El tribunal les dio la razón. ¡Sólo era una presa!

Me puse de parto el 10 de septiembre de 1974, a las cuatro de la mañana en el pabellón principal 2 de Rikers en el área de salud mental donde me habían recluido. Me levanté de la cama, me duché, me trencé el pelo y preparé mis cosas. Las contracciones eran suaves, un pinchazo cada media hora, que rápidamente se convirtió en quince minutos. A las once estaba segura de que ya había empezado, pero no tenía ningún médico que lo confirmara y me negaba a ir a la enfermería. Hacia las doce, pedí que llamaran al doctor Garrett y no sé cómo consiguieron dar con él. (Estaba en el Hospital Elmhurst intentando convencerles de que le dejaran asistirme en el parto.) Llegó a Rikers a las tres de la tarde y subí a la enfermería a encontrarme con él. Me dijo que efectivamente estaba de parto. Yo no quería que me examinaran los médicos que estaban allí.

Me llevaron al Hospital Elmhurst escoltada por un desfile de coches. Me daba la impresión de que millones de coches de policía zumbaban como un enjambre alrededor de un vehículo en el que viajaba yo, una mujer a punto de parir. Y me siguieron todos. Hasta el paritorio del Hospital Elmhurst y hasta la habitación. Incluso rodearon el hospital.

Afuera había una manifestación para apoyar mi derecho a elegir el médico que me asistiera en el parto, y Evelyn y el doctor Garrett dieron una rueda de prensa en el hospital para explicar la situación. De hecho, había dos mujeres policía en el paritorio y varias más fuera. Tenía contracciones cada cinco minutos. Finalmente, dejé que uno de sus doctores, un residente, me examinara para ver cómo iba el parto. Fue un error tremendo. Cuando terminó, yo estaba sangrando. Después de eso, no quise que ninguno de ellos volviera a tocarme nunca más. Les exigí que me trajeran un estetoscopio (para ver si el bebé respiraba con normalidad) y algún otro instrumento que iba a necesitar, pues declaré:

—Voy a dar a luz yo sola.

La situación se mantuvo estacionaria durante unas horas. Luego una enfermera me dijo que caminara un poco para aliviar el dolor y facilitar el parto. Me levanté, luego hice como que me caía (sabiendo el miedo que tenían a una posible demanda judicial) y

los médicos se lanzaron a recogerme del suelo. Sabía que estaban preocupados. Recalqué:

—Voy a tener el bebé yo sola.

Comprobé de nuevo el corazón con el estetoscopio. Latía con normalidad.

Eso o la conferencia de prensa o la manifestación parece que surtieron efecto. Me dijeron que si firmaba un papel por el que les eximiera de toda responsabilidad, permitirían que me asistiera el doctor Garrett. Firmé, asegurándome de que no tuviera ningún control sobre el doctor Garrett ni nada que ver con mi parto. Y así terminó la cosa.

El doctor Garrett tomó las riendas. Me examinó, escuchó el corazón del bebé y, en un momento dado, me provocó la ruptura de aguas. Me explicó con cuidado todo lo que iba a pasar y respondió a todas mis preguntas. Me puso anestesia local en el cuello del útero. Yo no quería Demerol ni la epidural, pero el bloqueo paracervical me parecía bien. Llegada a ese punto, estaba muy cansada.

Después de eso, seguí con las contracciones pero casi no sentía dolor. Me quedé dormida un rato. Me desperté alrededor de las tres y media de la mañana y notaba cómo el bebé se iba colocando y me parecía que sentía su cabeza. Llamé a la enfermera. Me dijo sin mirar que todavía no estaba «lista». Cuando insistí, miró y se fue corriendo a buscar al doctor Garrett. Me llevaron al paritorio en camilla, el doctor me puso anestesia local y me hizo la episiotomía. Empujé tres veces y ahí estaba. A las cuatro de la mañana nació Kakuya Amala Olugbala Shakur. Le dije:

—Reconozca al bebé.

(Quería asegurarme de su seguridad futura.) El parto en sí fue bueno y precioso. Para una mujer es muy importante estar con gente en la que confía durante ese proceso.

Ese mismo día, el 11 de septiembre, todavía no me habían traído a mi bebé. El doctor Garrett se había ido a dormir y, cuando volvió, a las seis, yo aún no había visto a mi hija. Les recordé que yo tenía que darle de mamar. Le dijeron que él no había dejado ninguna instrucción en ese sentido. Finalmente, me trajeron a mi bebé, y le di el pecho cada cuatro horas —otra experiencia realmente maravillosa—. Las enfermeras de la guardería eran muy

amables y me iban informando de su estado regularmente. Pero el personal del D-11, el área de salud mental donde me tenían, en una habitación minúscula y vigilada, era otra historia.

Sólo permitían que me duchara una vez al día, no me dejaban tener cepillo ni pasta de dientes, nada más enjuague bucal. No hay muebles, ni dejan que te los traiga ningún amigo, el régimen penitenciario no lo permite. Tuve que suplicarles que me dejaran tener un sujetador mientras daba el pecho. La dirección de la cárcel se negó. Muchos médicos desconocidos intentaron examinarme para acelerar mi alta y librarse de mí. Estuve a punto de pegarme con alguno de ellos porque me negaba a que me examinaran. Finalmente me dieron el alta de todos modos, sin el consentimiento de mi médico. El comisario del correccional, Benjamin Malcolm, firmó un papel en el que asumía toda la responsabilidad de mi alta.

Me metieron en una ambulancia, esposada a la camilla, y me llevaron de vuelta a la Prisión de Mujeres en la Isla Rikers. Me llevaron directa a la enfermería y me dijeron:

—Vas a tener que quedarte aquí para que te examinemos.

Estaba realmente deprimida, me habían separado de mi bebé de una forma muy rusa. Les dije:

—No quiero estar aquí. No me examinaréis aquí. Mandadme al Área de Segregación Punitiva (aislamiento), a cualquier sitio. Me da igual. Necesito estar en algún lugar sola. Dejadme en paz.

No es exactamente lo que hicieron. Cuando me negué a que me examinaran, salí de la enfermería y llamaron a la escuadrilla de matonas (varias funcionarias corpulentas). Se abalanzaron todas sobre mí y me pegaron una paliza. Me tiraron al suelo, me encadenaron de brazos y piernas y me arrastraron con las cadenas al Área de Segregación Punitiva y sólo pararon cuando una de las enfermeras se lo pidió por favor. Así que me pusieron encima de un colchón y lo arrastraron. Me llevaron a la sala de observación y me dejaron ahí, esposada de pies y manos. No tenía compresas, ninguna forma de lavarme. Las esposas me cortaban la piel (las cicatrices todavía son visibles) y me sangraban las muñecas. Más tarde descubrí que me habían puesto una sanción por darle una bofetada a una funcionaria mientras me daban la paliza.

Me seguí negando a su examen médico. Finalmente me trajeron compresas. Me dejaron en el colchón en el suelo, sin cama, sin ducha. Estuve ahí dos semanas. Seguía rechazando toda su atención médica, insistía en que me examinara el doctor Garrett. Me negaba a comer, así que finalmente mis pechos, llenos de leche, me dejaron de doler. Me ofrecieron médicos y drogas de todo tipo (sobre todo tranquilizantes). Me mandaron al psiquiatra, que tuvo la desfachatez de preguntarme si estaba deprimida. El Comité Disciplinario se reunió frente a mi celda y me puso una sentencia adicional de catorce días en el Área de Segregación Punitiva. Sacaron al resto de internas de allí. Durante esos días, yo seguía rechazando la mayor parte de la comida. Estaba tan débil que me desmayé varias veces. Además era Ramadán, y está prohibido comer hasta el atardecer durante dos semanas enteras. Comía sólo una vez al día, cuando la comida era comestible y durante los primeros días no comí nada en absoluto.

Al cabo de dos semanas, me dijeron:

—Si dejas que te examinemos vaginalmente, te bajamos a tu planta.

Les dejé y fui a mi planta al día siguiente. Al día siguiente, el capitán vino a mi celda y me informó de que habían decidido encerrarme de nuevo, pues me había negado a que el personal médico del Hospital Montefiore asignado a Rikers me hiciera un examen completo. Lo que ocurrió fue que cuando me bajaron a mi celda, me dijeron que el doctor Garrett había obtenido permiso para reconocermé y que estaba en la Isla Rikers, que mi abogado había ido a juicio y habían dictaminado que el doctor Garrett podría hacerme el reconocimiento él mismo. Así que esperé. Un médico blanco vino y me dijo que si quería ver a mi médico tenía que dejar que me reconociera él primero. Me negué. Luego trajeron a un médico negro, que me saludó con un «Ey, hermana». Era muy artero. También le rechacé a él. Así que el doctor Garrett tuvo que marcharse y a mí me llevaron de vuelta al Área de Segregación Punitiva. Me amenazaron con encerrarme en régimen de aislamiento, con lo que me senté en el suelo y me negué a moverme cuando salió mi sentencia. Me pusieron una sanción, me echaron

una reprimenda y me dijeron que el examen vaginal sería suficiente. Al día siguiente, me volvieron a encerrar.

Esa vez me encerraron en la celda durante un mes. Seguía rechazando la mayor parte de la comida. Me dejaban ducharme sólo de dos días en esa celda diminuta estaba enferma. Me preguntaba cuánto tendría que aguantar.

Evelyn había presentado un recurso de *habeas corpus* ante el tribunal federal de brooklyn contra el comisario Malcolm y Essie Murph, la superintendente de la Cárcel de Mujeres de Rikers, para forzarles a liberarme de la segregación punitiva. Tenía que ir a los juzgados para la vista, pero no sabía en qué fecha. Entonces un funcionario me dijo:

—La fecha de tu juicio se ha pospuesto y tu abogada dice que veas a un médico.

Era mentira. Pero me lo creí. Me examinaron los médicos de la prisión, siguiendo lo que yo creía que era el consejo de Evelyn.

Así que ya no estaba encerrada. Solamente en la cárcel. Y separada de mi hija.

Sobras – Qué queda

*Tras los barrotes y las verjas
y la degradación,
¿qué queda?*

*Nos encierran adentro, nos encierran afuera,
nos encierran abajo,
y luego, ¿qué queda?*

*Quiero decir, tras las cadenas que se enredan
en el gris de cada mente,
cuando se atascan los barrotes
en el corazón de mujeres y hombres,
¿qué queda?*

Tras las lágrimas y las decepciones,
tras el aislamiento solitario,
tras la muñeca llena de cortes y el peso de la soga,
¿qué queda?

O sea, es decir, tras los besos del comisario
y el blues del córrete-ya,
cuando al buscavidas le han buscado las vueltas,
¿qué queda?

Tras los esbirros y los matones
y el gas lacrimógeno,
tras los carceleros y el calabozo,
tras las trolas
¿qué queda?

O sea, es decir cuando sabes que dios
no es de fiar,
cuando sabes que el loquero
es un camello,
que la palabra es un látigo
y la placa una bala,
¿qué queda?

Cuando sabes que los muertos
siguen caminando,
cuando sientes que el silencio
habla,
que dentro y fuera
son sólo una ilusión,
¿qué queda?

O sea, es decir, ¿dónde está el sol?
¿Dónde están sus brazos y
dónde sus besos?
Hay huellas de labios en mi almohada
sigo buscando.

¿Qué queda?

O sea, es decir, nada está quieto
y nada es abstracto.
El ala de una mariposa
no puede alzar el vuelo.
El pie sobre mi cuello
pertenece a un cuerpo.
La canción que canto
pertenece a un eco.
¿Qué queda?

Quiero decir, el amor es concreto.
¿Es mi mente una metralleta?
¿Es mi corazón una sierra?
¿Puedo hacer real la libertad? ¡Claro!
¿Qué queda?

Estoy en la cima y al pie
de una bajar-quíá.
Soy una amante de la tierra
desde siempre.
Amo
a los fracasados y la risa.
Amo
la libertad y a los niños.

El amor es mi espada
y la verdad mi brújula.
¿Qué queda?

Los siguientes años en el instituto transcurrieron sin grandes novedades. Como pasaba los fines de semana con mi madre, nos unimos más. Cuando tenía diecisiete, sin embargo, decidí dejar la escuela, conseguir un trabajo y vivir por mi cuenta.

Mi entrada en el mundo laboral fue un duro despertar. No tenía ni idea siquiera de lo que significaba la mayor parte de los anuncios de búsqueda de empleo. Auditor, redactor de anuncios, cobrador de cuentas pendientes, operador de datos, me parecían todas palabras extranjeras.

Cada día me lanzaba a la calle con mis mejores galas «de oficinista» y un par de zapatos de tacón que me torturaban los pies. Cada día regresaba más frustrada que el anterior. No sabía hacer nada, no tenía experiencia y además era Negra. Finalmente, pagué a una agencia de empleo el salario de una semana o dos a cambio del privilegio de que me consiguieran algún trabajo deprimente y aburrido de esos de noventa y cinco dólares por semana. Era una de esas esclavas que paga un quinto de su salario en impuestos, algo más a la seguridad social, otros cinco dólares al mes de cuotas sindicales y el resto no me llegaba ni para morirme.

Parecía como si el mundo entero estuviera hecho de cosas que no me podía permitir. Después de pagar el alquiler de una habitación amueblada, el transporte y comprar comida, me daba justo para comprarme un sándwich de aire. La única ventaja era que no me quedaba mucho tiempo para salir por ahí. Asistía a la escuela nocturna, con lo que salía de mi aburrido trabajo para ir a mis aburridas clases, a analizar oraciones gramaticales, memorizar chorradas y prepararme para obtener un diploma de secundaria que no valía para nada en el mercado laboral. Mi vida transcurría

llevando de un lado para otro papeles absurdos que no tenían nada que ver con la vida. No estaba haciendo nada positivo. No estaba haciendo nada, creando nada ni contribuyendo a nada. Al poco tiempo me daban ganas de decirles que cogieran sus papeles y su trabajo y se los metieran por donde quisieran.

Pero al principio no fue así. Después de semanas de buscar un empleo, estaba agradecida simplemente por tener uno. No pensaba en el salario miserable, en las condiciones indecentes, sin prestaciones médicas y con sólo una semana de vacaciones. Estaba contenta simplemente por el hecho de estar trabajando. Me identificaba con el trabajo y hablaba de «nuestra» empresa y le contaba a la gente lo que «nosotros» fabricábamos. No ganaba ni dos céntimos más de lo suficiente para comer y hablaba como si la empresa fuera mía. Recuerdo una vez cuando estaba trabajando en un antro donde fabricaban remolques. Trabajaba de administrativa. Le dije a una amiga de mi tía que si alguna vez necesitaba uno de esos remolques, debería comprarlo allí. Me miró como si estuviera loca.

—¿Por qué? —me preguntó—. Me van a hacer algún descuento?

Me sentí muy estúpida. Ahí me di cuenta. Por mucho que bajara allí no me iban a hacer un descuento ni siquiera a mí.

Cuanto más trabajaba en esos lugares, más iba perdiendo la paciencia. La mitad del tiempo no quería ni siquiera oír los cotilleos trillados que circulaban por la oficina. Estaba harta de escuchar los chismes sobre los jefes, quién andaba con quién y esto y lo otro. A medida que pasaba el tiempo, me iba aislando más, y cuando no estaba ocupada metía un libro entre algunos papeles y leía. Estábamos a mediados de los sesenta y los periódicos publicaban constantemente noticias sobre disturbios.

En ese tiempo, no tenía una opinión clara sobre esos hechos. De lo único que me acuerdo es de que quería que ganaran los participantes. En la oficina, había un grupo de secretarías que trabajaba para el presidente o los vice-presidentes. A las que trabajábamos en la secretaría general nos miraban por encima del hombro y nos trataban como si no valiéramos nada. Un día, estaba en el baño cuando entró una secretaria, empezó a echarse *spray* de pelo sobre un abombado moño francés, tan tieso que parecía

que lo había metido en el horno. Hablaba de esto y de aquello. Yo estaba sorprendida porque nunca me dirigía la palabra. Luego se puso a hablar de los disturbios: que si «era una vergüenza», que si «esa gente era estúpida porque estaba destrozando sus propios barrios y quemando sus propias casas». Yo no dije nada. Ella insistió: «¿No crees que es una vergüenza? ¿a que sí?» Yo no sabía qué decir. Era verdad que gente Negra estaba quemando barrios Negros, pero no sabía cómo lidiar con la pregunta. Ella seguía insistiendo. Finalmente dije «Sí» y salí del baño.

Estaba asqueada conmigo misma. No quería darle la razón, pero no sabía qué decir. Me pasé la mitad de la noche pensando, hasta que encontré una respuesta. Días más tarde volvió a salir el tema. Esta vez llegó a la oficina un grupo de secretarías del mostrador de atención al público que se llevaban bien con la jefa. En cuanto pronunciaron la palabra «disturbios», me lancé:

—¿Qué queréis decir con que están quemando sus casas? Esas casas no son tuyas. Esas tiendas no son tuyas. Me alegro de que quemem esas tiendas porque, para empezar, esas tiendas les estaban robando a ellos.

Se quedaron boquiabiertas.

Después de aquello, la jefa de la oficina se empleó a tope para acosarme. Gente blanca de todo tipo empezó a pedir mi opinión sobre los disturbios, y yo me aseguraba de no defraudarles. Sabía que no tardarían mucho en despedirme. La única razón por la que no me fui yo es porque no tenía ni dónde ir ni nada más en la recámara. Cuando por fin me despidieron, me sentí aliviada.

Como mi amiga Bonnie y yo leíamos mucha novela y poesía, nos creíamos unas intelectuales. Ninguna de las dos habíamos terminado el instituto, pero solíamos ir a un lugar en Broadway, llamado el West End, vestidas con lo que creíamos que eran nuestras mejores galas académicas. Era uno de esos típicos lugares de universitarios con sándwiches de pastrami y jarras de cerveza negra. Nos sentábamos e intentábamos hacernos las interesantes, hasta que alguien se acercaba y nos hablaba. Después de un tiempo, nos hicimos amigas de algunos estudiantes Africanos que estudiaban en la universidad de Columbia.

Me encantaba escuchar a los Africanos. Eran intensos, serios y tenían una enorme dignidad. Me introdujeron en las costumbres africanas y se tiraban horas explicándome los distintos aspectos de su cultura. Bonnie les preguntaba sobre sus ceremonias nupciales porque estaba deseando casarse. Yo preguntaba sobre la comida porque me encantaba: pollo al curry, guiso de cacahuete (pollo en salsa de cacahuete) y pan de maíz, que se cocina sobre el fuego. Cortabas un cachito y le dabas forma de pelota, haciendo un agujero con el dedo que llenabas de salsa antes de comerlo. Me hacía pensar en todo el daño que nos han hecho. Sabemos todo lo que hay que saber sobre los espagueti, sándwiches de huevo duro y *crêpes suzette*, pero no tenemos ni idea sobre nuestra propia comida. Cuando era pequeña, si me preguntabas qué comían los Africanos, hubiera contestado: «¡Gente!».

Un día, salió el tema de Vietnam. Fue hacia 1964 y el movimiento contra la guerra todavía no había estallado con toda su fuerza. Alguien me preguntó qué pensaba. No tenía ni la más remota idea. En aquel momento, lo único que leía de los periódicos eran los titulares, los relatos de crímenes, las tiras cómicas o el horóscopo. Dije:

—Supongo que está bien.

De repente hubo un completo silencio.

—¿Te importaría explicarme, hermana, lo que quieres decir con «supongo que está bien»?

El tono del hermano era burlón. Yo dije algo así como:

—Pues eso, la guerra en la que estamos participando allí, ya sabes, por la democracia.

Me quedó claro, por las expresiones que veía a mi alrededor, que había metido la pata. El hermano con el que había venido parecía como si quisiera que se le tragara la tierra.

—¿Quién está luchando por la democracia? —preguntó alguien.

—Nosotros. Los Estados Unidos. —Y luego se me ocurrió añadir: —Bueno, ya sabéis, que están allí luchando contra el comunismo, por la democracia.

El hermano se llevó las manos a la cabeza como si le hubiera dado un dolor de cabeza de repente. Sabía que había dicho algo que estaba mal, pero no sabía qué. Me pareció que quizá no me

había explicado muy claramente, así que seguí repitiendo todo lo que había escuchado en la tele. Parlosteando como un loro. Por supuesto, esto sólo empeoró las cosas.

Cuando terminé, el hermano me preguntó si sabía algo de la historia de Vietnam. No sabía nada. Me la contó. Me explicó la colonización francesa, la explotación, la brutalidad, el hambre y el analfabetismo; la larga lucha que se libró y se ganó en el Norte y la implicación de los EE.UU. en respaldar a un gobierno títere una vez que se mandó a la mierda a los franceses.

El hermano hablaba de nombres, lugares y acontecimientos como si él mismo fuera de Vietnam o algo así. Yo me quedé allí sentada, con la boca abierta. Él sabía todas estas cosas y ni siquiera estudiaba Historia. No podía creer que aquel Africano, que ni siquiera vivía en los EE.UU. ni en Asia, supiera más que yo, que tenía amigos y vecinos que estaban luchando allí.

Luego definió el papel del gobierno de EE.UU., que estaba combatiendo por una cuestión económica, para defender los intereses de las corporaciones de EE.UU. y establecer bases militares. No sabía si creerle o no. Nunca había oído nada de esto.

—¿Y qué pasa con la democracia? —le pregunté—. ¿Acaso no crees en la democracia?

—Sí —dijo—, pero lo que el gobierno de EE.UU. está apoyando no es la democracia sino una dictadura sanguinaria.

Empezó a lanzarme todo tipo de nombres y fechas y yo no sabía cómo reaccionar. Ahí estaba, hablando sobre el gobierno de EE.UU. de la misma forma que se hablaría de un criminal. No me cabía en la cabeza, me dejó descolocada.

A pesar de eso, yo seguí diciendo lo primero que me venía a la cabeza: que EE.UU. estaba luchando contra el comunismo porque los comunistas querían apoderarse de todo. Cuando alguien me preguntó qué era el comunismo, abrí la boca para responder, pero me di cuenta inmediatamente de que no tenía ni la más mínima idea. La imagen de un comunista que tenía promecía de los cómics. Era un espía con gabardina negra y un sombrero negro ladeado sobre la cara, que se escabullía por las esquinas. En el colegio nos enseñaban que los comunistas trabajaban en minas de sal, que no eran libres, que todos llevaban

la misma ropa y que nadie era dueño de nada. Los Africanos se desternillaban de la risa.

Me sentí como una auténtica payasa. Uno de ellos me explicó que el comunismo era un sistema político-económico, pero yo no escuchaba. Yo seguía en mis trece. Había estado rebatiéndoles a gritos algo que ni siquiera comprendía. Sabía que no tenía ni zorra de lo que era el comunismo y sin embargo estaba radicalmente en contra. Igual que cuando eres pequeña y crees en el coco. No tienes ni idea de quién diablos es pero lo odias y te da miedo.

Nunca olvidé aquel día. Nos enseñan desde pequeños a estar en contra de los comunistas; sin embargo, la mayor parte de nosotros no sabemos ni qué es el comunismo. Sólo un idiota deja que los demás le digan quién es su enemigo. Empecé a recordar todas las tonterías que me decían cuando era pequeña. «No te fíes de los caribeños porque te apuñalarán por la espalda». «No te fíes de los Africanos porque se creen mejores que nosotros.» «No salgas con los Portorriqueños porque son como una piña y se compincharán en tu contra.»

Había aprendido, por experiencia, que todo eran mentiras, repetidas por gente imbécil, pero nunca pensé que me pudieran engañar tan fácilmente para estar en contra de algo que ni tan siquiera comprendía. Debería ser uno de los principios más básicos de la vida: decide siempre por ti mismo quiénes son tus enemigos y nunca dejes que tus enemigos elijan a tus enemigos por ti.

Después de eso, empecé a leer sobre lo que estaba pasando en Vietnam. Lo que decían los Africanos era verdad. También había artículos sobre lo que hacía el ejército de EE.UU. en aquel país, sobre su implicación en la tortura y cómo forzaban a mujeres a que vendieran su cuerpo para sobrevivir.

Estaba confundidísima. Aquello no tenía sentido. —Nuestro gobierno no podría hacer algo tan malo —le decía a Bonnie. Tenía que haber otra información. No podía comprender siquiera qué era lo que estábamos haciendo «nosotros» allí en primer lugar. Algún tipo de tratado, decían, pero no tenía sentido. Estaba tan asqueada que dije que no iba a leer las noticias nunca más.

—La ignorancia es una bendición —decía Bonnie.

—Y una mierda —respondí. No quería por nada del mundo volver a ser tan ignorante como había sido. Cuando no sabes lo que pasa en el mundo, estás en una clara desventaja. Decidí que iba a intentar seguir lo que estaba pasando, pero no me acababa de creer que los EE.UU. estuvieran haciendo todas esas cosas repugnantes que leía en los periódicos.

—¿Qué quieres decir con que no te lo crees? —me preguntó Bonnie—. Mira sin ir más lejos lo que te están haciendo a ti.

La diferencia entre los Africanos y los otros amigos con los que me juntaba ese verano era asombrosa. Me acuerdo de un día en la playa. Todo el mundo estaba patéticamente feliz-jiji-jajá. Tocaba divertirse. Una sombrilla multicolor desafiaba la brisa. Ridículas sábanas y toallas de playa coloreaban la arena, junto con latas de refresco y botellas de Baccardi y Johnnie Walker. Hombres Negros de aspecto saludable que vestían gorros de marinero vueltos del revés y sudaderas de distintas universidades con las mangas recortadas llevaban neveras portátiles y otras cosas de un lado para otro. Habían montado un sistema de sonido improvisado y Martha and the Vandellas aullaban de fondo.

Me empeño en leer a James Baldwin a pesar del viento que revuelve las páginas del libro. Voces angustiadas gritan y protestan desde sus páginas. Guetos comprimidos que amenazan con estallar. Pobreza y fuego y azufre hierven en un guiso mortal, pero la gente «guapa» se niega a dejarme leer en paz. Mi amiga ha insistido en «emparejarme» con «Don Perfecto», que resultó ser un egocéntrico ataviado con un bañador a juego con su albornoz y su toalla, todo ello bordado con su momograma. Don Perfecto me concede el honor de su presencia. Su aspecto y su actitud me indican que tendría que estar agradecida porque él es, definitivamente, lo máximo. Su buga es un MG rojo descapotable, su keli está en Esplanade Gardens, y curra de subdirector de un banco en el centro. Él es mega-guay, desde su magnetófono de carrete abierto a su tele en color, pasando por su mullida «alfombra de soltero», de la que me habla lascivamente.

Bebe coñac Remy Martin y Harvey's Bristol Cream, usa una colonia que no puedo pronunciar, y espero impaciente que me diga cuál es la marca de su pasta de dientes. No para de presumir

de las cosas que tiene y de sus símbolos de estatus. «Mira este cabrón con monograma», pienso para mí. Se me va insinuando de forma petulante. Una versión Negra de «Los solteros sí que saben» o algo así. Quiero volver a James Baldwin, pero estoy rodeada de un grupo de gente que habla demasiado alto y que se parecen y piensan más o menos como Don Perfecto. Hablan de Karmann Ghias, Porsches, Corvettes y otros coches que les parecen muy «in».

La conversación fluctúa entre las cooperativas de vivienda y las urbanizaciones de rascacielos. Un hombre joven, que ya ha dicho más de una vez que es contable, habla de las ventajas de comprar «propiedad» en la Isla. Un vendedor de seguros dice que él vende seguros en la Isla y saca unas tarjetas de visita de una pequeña funda plateada que tiene «por casualidad» en su bolsa de la playa. Una profesora de colegio pelirroja, que sólo tiene ojos para el contable, dice que ella siempre ha querido una casa en la Isla con una gran cocina. Después de agotar la charla sobre la Isla, la conversación gira sobre sitios a donde ir. Los restaurantes franceses y mexicanos están definitivamente de moda, junto con un restaurante que ofrece cincuenta tipos distintos de crêpes, que arrasa. Uno de ellos, que es el típico que ha hecho negocio aprovechándose de la pobreza, dice que ha trasladado sus oficinas al Red Rooster Bar y Restaurante. Alguien le pregunta burlonamente si no le da miedo ir a Harlem «con todos esos negratos». Todos tienen su restaurante favorito en la terraza de algún edificio del centro. No hablan sobre la comida, sino de la decoración. Don Perfecto dice que tiene una llave del Playboy Club y que come allí a menudo.

Dibujo una sonrisa forzada, sintiéndome fuera de lugar. La conversación me está levantando dolor de cabeza. Algunos chicos pijos de colegio mayor me invitan a bailar. Uno me dice que parece una chica del Delta.

—¿Y qué pinta tiene una chica del Delta? —pregunto.

—Exactamente como tú en bañador.

Don Perfecto les fulmina con la mirada. Me llegan fragmentos de conversaciones por todos lados. Charlan sobre becas y programas de pobreza, y sobre el partido demócrata. Conversaciones

sobre la Liga Nacional de Fútbol Americano y la temporada de fútbol. Rollos sobre los grandes almacenes más exclusivos. Sobre lanchas motoras y veleros que nadie tiene pero que todos querrían tener.

El whisky corre como el agua, y las lanchas se convierten en yates. Todos se pirran por las islas: Jamaica, las Bermudas, Nasáu. Todos son muy chic. Estoy tan harta de escucharlos que me gustaría echarles de una patada. Es una vergüenza. Trabajadores sociales que hablan sobre sus clientes como si fueran perros, maestros a los que no les gusta dar clase. Un agente de la condicional se queja de lo peligroso que es su trabajo. Una pandilla de adoradores del dinero, aparentando para la galería. Alguien me pregunta si me lo monto bien. «¿Montarme el qué?», quiero saber. Me doy un paseo por la casa para salir de todo ello. Algunas mujeres están en el baño, fumando porros y secándose el pelo. Busco en mi bolso a ver si encuentro una aspirina.

—¿Dónde te has comprado el traje? —me pregunta una.

No quiero decir en Klein's, pero lo digo igualmente

—Tienen cosas bonitas, a veces —dice sin ningún convencimiento, etiquetándose como la típica busca-gangas. Vuelven a su conversación sobre gente y sobre cómo arreglarse el pelo. Se maquillan para parecer la Barbie Negra en la playa.

Salgo fuera de nuevo sintiéndome una marciana. Me siento sola y seria. Algo me estaba pasando, un cambio que venía gestándose desde hacía tiempo. Quiero ser de verdad. ¿Soy acaso yo la única Negra a la que no le va bien, que vive al día y anda a la cuarta pregunta que hay ahí? La lucha por la que he pasado y que he vivido es demasiado dura como para mentir, y además no quiero ni intentarlo. Quiero ayudar a liberar el gueto, no huir de él, dejando atrás a mi gente. No quiero peinarme y desfilar para nadie. Quiero encontrar a alguien que me entienda, con quien poder hablar de temas serios.

La fiesta es un caso perdido. Cojo mi toalla y mi libro y me encamino hacia la playa. Miro el océano y me pregunto cuántos de los nuestros estarán ahí enterrados, esclavos de otra época. No estoy muy segura de qué es la libertad, pero sé qué mierda no es. Me pregunto en qué momento nos hemos vuelto tan tontos. Vuelvo

a James Baldwin. Me importa una mierda que Sag Harbour caiga en el olvido. James Baldwin y yo nos estamos comunicando. Su ficción es más real que esta realidad.

Mi paciencia era nula. No quería esperar a que ocurriera algo. Quería vivir y vivir en ese momento. Estaba hambrienta, ávida de vida pero, a la vez, cada día era más cínica. Quería ir a todas partes, hacer de todo y serlo todo, todo a la vez. Quería experimentar todo, quería sentirlo todo. Tenía un montón de ideas contradictorias dándome vueltas por la cabeza, todas a la vez. Un día era feliz sólo por estar viva. Al día siguiente creía que el mundo se iba a acabar. Todo en mi vida eran márgenes recortados, abruptos e inacabados. Nada ocurría con calma. Nada era como pensaba que iba a ser cuando era pequeña.

Mis amigos estaban muriendo de sobredosis o metiéndose en el ejército. Mis amigas pariendo niños, parecían ya viejas y hablaban como tales. Los viejitos entrañables que se sentaban en los parques no eran viejitos entrañables para nada, estaban enfrascados masturbándose por debajo del periódico. Llegó un punto en el que ya no me creía nada. Parecía como si todo el mundo estuviera metido en algún tipo de bolsa, la bolsa de la marihuana, la bolsa marrón de papel con la botella de whisky, la bolsa de Jesús, la bolsa del amor, la bolsa del sexo, la bolsa del éxito, y ninguna de esas bolsas le servía de nada a nadie. Estaba buscando mi propia bolsa, pero no quedaba mucho donde elegir. A pesar de eso seguí buscando, corriendo, moviéndome y deambulando hasta el agotamiento. Un día estaba en el centro con mis amigos *hippy*, *blippys* (hippies negros). La noche siguiente estaba en los barrios residenciales con los buscavidas. Pero nada parecía real, ¿sabes? Los mismos tipos que un día fardaban y esnifaban coca con billetes de cincuenta dólares, al siguiente estaban gorroneando y pidiendo prestado. Incluso los buscavidas más hábiles parecían meros lacayos de las mafias y chivos expiatorios en potencia. Mis amigos del centro no eran mucho mejores. En el mejor de los casos, eran escapistas profesionales, huían de los problemas de la comunidad Negra o de la blanca. Algunos intentaban escapar a través de las drogas, flipando con mundos que no existían, en

algún tipo de odisea interior. Pero en su caso, las drogas no eran completamente autodestructivas, aunque conozco por lo menos a uno que se fue zumbando de esta vida y no volvió. A través de mis amigos *hippy blippy*, me interesé por un montón de cosas. Me empezaron a gustar poetas como Allen Ginsberg, Sylvia Plath, Ferlinghetti, todo tipo de novelistas, música, comida, etc. No me identificaba con todo lo que veía, pero mis horizontes se ampliaron.

Mi impaciencia creciente con los Negros arribistas pequeño-burgueses tocó fondo cuando empecé a trabajar en una agencia de empleo Negra. Evelyn me había conseguido un puesto de mecanógrafa. La agencia estaba ubicada en el Rockefeller Center, en el mismo edificio que Johnson Publications, los editores de las revistas *Ebony* y *Jet*. Estaba feliz por haber conseguido aquel trabajo, pues me había cansado de trabajar para blancos. La gente en la oficina era agradable y el ambiente carecía de ningún tipo de tensión. El jefe era pasable y yo me llevaba bastante bien con él y con su secretaria. Al principio estaba emocionada, contenta de estar rodeada de personas Negras a las que parecía que les iba muy bien. Todo el mundo quería triunfar, ascender en la escala social. Hombres y mujeres Negras con muchas titulaciones y maletines entraban y salían todo el tiempo. Eran brillantes, iban vestidos a la última y hablaban de los cursos de formación para jóvenes ejecutivos, de programas sociales, etc. Algunos hablaban de esas empresas como si ellos fueran a ser los presidentes del consejo directivo al cabo de cinco años.

De vez en cuando, me iba a comer con un chico que trabajaba en Johnson Publications. Pero siempre discutíamos. Sobre todo por la revista *Ebony*. La mitad de las veces, en la sección de moda tenían unos trajes de noche sofisticadísimos que costaban miles de dólares. Cuando le pregunté qué Negro podía permitirse comprarlos y si se los pondrían para ir al bar de la esquina, se ofendió. Era uno de esos Negros que piensa que la libertad pasa por poder entrar en una tienda y comprarte cosas caras. Le dije que la única mujer Negra que se podía comprar esos trajes era la mujer de Johnson, y eso le ofendió todavía más. Me dijo que todo estaba cambiando, que todo estaba mucho mejor. Yo le pregunté que si

todo estaba mucho mejor por qué cada vez que algún Negro conseguía un buen trabajo o le hacían jefe o algo era una noticia que publicaba *Ebony*. Nuestra relación terminó abruptamente cuando me acusó de rebajar siempre a la gente Negra y hacer que pareciera que no valíamos nada. Acabé con el tema insultándole tanto que se fue. Y nunca más.

Estos Negros iban por la vida haciendo como que no existían los prejuicios raciales y que lo único que tenías que hacer era estudiar y podías llegar a ser presidente del mundo. En la agencia, estábamos trabajando mucho para preparar un congreso sobre igualdad de oportunidades. La idea era que llegaran licenciados Negros de todo el país para entrevistarse con representantes de las principales empresas de América. Participaban casi todas las grandes compañías, y los licenciados pagaban una cuota considerable, además de transporte y alojamiento para poder tomar parte. Funcionaba así: los estudiantes presentaban sus currículums y los jefes de personal decidían a qué candidatos querían entrevistar. Fue un acontecimiento grande y lujoso en uno de los principales hoteles de Nueva York, con una *suite* en el ático y unas cuantas habitaciones alquiladas para la convención. Estaba segura que cientos de estos jóvenes Negros «titulados» iban a conseguir trabajo. Me sentía orgullosa de haber colaborado en la organización del evento. Duró unos días y, para cuando terminó, yo me moría de ganas de esconderme en algún lado y echarme a llorar.

Muchos de aquellos licenciados Negros se habían gastado cientos de dólares para poder asistir y no habían conseguido ni una sola entrevista. Las compañías sólo querían entrevistar a titulados en matemáticas, ciencias, ingenierías y empresariales. Algunas compañías incluso querían entrevistar sólo a licenciados con especialidades muy concretas: ingeniería petrolera o ingeniería geológica. Puesto que la mayor parte se había graduado en filología inglesa, historia, sociología, etc., estaban descalificados antes de que sonara el pistoletazo de salida.

Me sentía indignada y triste. Tras la convención, salí con uno de los «ejecutivos» Negros que había conocido en la agencia.

—No lo comprendo —le insistía—. ¿Por qué han pagado esas compañías todo el dinero que cuesta participar en el congreso si

en realidad no están interesadas en contratar a nadie? No tiene sentido.

—Tiene todo el sentido, si lo piensas bien.

—¿Eh? No comprendo por qué.

—Escucha —me dijo—, el gobierno dice que para que esas empresas puedan mantener sus contratos, deben, por lo menos, hacer el esfuerzo de buscar «personal negro cualificado». La ley, sin embargo, no obliga a contratar a nadie. Sólo dice que tienes que buscar.

Estaba furiosa. Habían usado a una pobre tonta como yo de la misma forma que usan a un traficante para conspirar contra su propia gente. Era parte de un complot y ni siquiera me había enterado. Algunos Negros consiguieron trabajo, pero, básicamente, la historia fue una farsa para mantener las apariencias de cara a la galería. Mi amigo y yo nos emborrachamos tontamente, cantamos viejos éxitos en el Sherrills en Lexington Avenue, él me hablaba de lo cabrones que eran los jefes y sobre los tratos y los trapicheos de la maquinaria del partido demócrata y me contaba cómo yo acabaría de *go-go* en el aseo de señoras.

Cerca de una semana más tarde, me inventé un currículum, puse que era licenciada y me contrataron como asistente de *marketing*. No me creía nada, y ya no iba a seguir más que mis propias reglas. Me despidieron de ese trabajo unas semanas después y conseguí otro del que me volvieron a despedir. Me daba igual. Iba a tratarlos de la misma forma que ellos nos trataban a nosotros. Una vez conseguí un empleo de contable. No tenía la más mínima idea sobre el trabajo pero, cuando me lo dieron, me compré un par de manuales de «contabilidad para principiantes», y cuando no comprendía algo les decía que en el lugar donde trabajaba antes usábamos un sistema distinto.

El trabajo implicaba manejar mucho dinero en efectivo y me tenían que asegurar. Cuando te aseguran, te investigan los antecedentes. El trabajo no estaba mal y el jefe era majo. Era una forma excelente de aprender contabilidad y el negocio de las aseguradoras. Sabía que me echarían en cuanto llegara el informe, pero me daba igual. Un día, mi jefe dejó un informe de un detective sobre mi mesa. Tenía mi nombre escrito. Tragué saliva, sabía que

era mi último día. Cuanto más leía, más sorprendida estaba. El informe confirmaba todo lo que yo había dicho: «El sujeto fue a tal instituto», «el sujeto se licenció en tal y tal universidad», «el sujeto trabajó en tal y tal lugar». Incluso dijeron que vivía en una tranquila calle arbolada y que habían hablado con mis vecinos, que aseguraban que era una buena persona. Me fui riendo durante todo el camino a casa. Todo es mentira en américa y lo que la mantiene en marcha es que demasiada gente se lo cree.

Pero se me estaba acabando la paciencia y mi humor era terrible. No tardaba en decirle a la gente lo que pensaba de ella e incluso yo misma me sorprendía de mi franqueza. Bonnie no paraba de repetirme:

—Tranquilízate, reduce la velocidad, vas muy acelerada, te van a poner una multa.

Ella estaba casi tan inquieta y loca como yo. Echábamos un ojo a lo que sucedía y bromeábamos sobre todo. El mundo parecía tan grande e inamovible que no se nos ocurría nada para cambiarlo. Bonnie me animaba a dejar de mentir sobre ser licenciada y apuntarme a la universidad de una vez..

—Si eres lo suficientemente lista para engañarlos, también lo eres para jugar su juego.

Sabía que lo que decía tenía sentido, pero odié tanto mi última época en el instituto que se me habían quitado las ganas de estudiar nada más.

La única otra persona que seguía insistiendo y pinchándome para que volviera a estudiar era mi amigo de Kenia. Nos habíamos hecho muy íntimos y nos gustábamos mucho más como amigos que como amantes. Él estudiaba Económicas en Long Island, y no teníamos oportunidad de vernos mucho. A veces, los fines de semana salíamos juntos, era una de las pocas personas que conocía que se tomaba su vida en serio y cuya conversación no versaba sobre su pequeño mundo sino sobre el mundo en general. Un fin de semana habíamos quedado. Creo que se suponía que íbamos a escuchar a alguien tocar en el club de Count Basie. Mi piso parecía haber sido devastado por un huracán y yo intentaba salir por la puerta sin dejar que entrara. De alguna forma consiguió ver lo que había dentro.

—No, no vamos a ningún sitio —me dijo—. ¿Cómo puedes vivir así? Si tu casa tiene este aspecto, puedo imaginar cómo está tu cabeza.

Me sentía avergonzada, pero tenía que reconocer que tenía razón. Estaba todo tirado por todas partes, la ropa desperdigada por el suelo. Era un desastre. Me propuso que en vez de salir me ayudaría a limpiar y organizarme.

—Si te organizas un poco te irá bien. Puedes hacer prácticamente lo que quieras con tal de que te organices.

Me pareció que tenía razón. Era el momento de poner un poco de orden en mi vida. De tomar las riendas. La vida es como un autobús: puedes ser pasajero y subir a dar una vuelta o puedes ser el conductor. No tenía ni la más remota idea de adónde quería ir, pero sabía que quería conducir. Decidí que, para empezar, iba a volver a la universidad. Volví a casa a vivir con mi madre en su nuevo piso de Flushing, Queens.

Cultura

*Debo confesar que los valsés
no me emocionan.
No despiertan mis simpatías
las sinfonías.*

*Supongo que tarareaba el Blues
demasiado temprano,
y pasé demasiadas noches
aullando a la lluvia.*